

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El pueblecito de Móstoles ha gozado en estos momentos de un aura de popularidad. El día en que se descubrió el monumento, vióse el pueblecito lleno de automóviles y coches, de ciclistas y jinetes, de amazonas y de señoritas con amplios velos de flotante gasa; los uniformes cargados de bordadura del elemento oficial brillaron en su plaza y recogieron la polvareda de sus calles, y en las ventanas de su caserío se tendió profusamente la percalina amarilla y roja de las colgaduras más vistosas y á la vez más modestas que se gastan por aquí.

El espectáculo era atractivo y curioso. Los paletos discurrían por Móstoles, complacidos y alborozados. Eran de esos paletos de Castilla, elemento tan diferente de la chulapería de los suburbios madrileños: gente de cara de barro cocido al sol y al aire, de manos endurecidas por la labranza, de pescuezos rojizos y agrietados, de ojos pequeños, vivos y maliciosos en medio de cierto rústico candor; gente bien plantada y toscamente varonil, de habla clara y castiza, sin arrastre de consonantes ni apicamiento de giros; gente de buena voluntad, no enemiga del señorío, y á su modo, un tanto hidalga con las mujeres. A tan corta distancia como está Móstoles de Madrid, ha bastado la interposición de las llanuras, de las verdes eras y de los agros donde la primavera hace despuntar la fecundidad del suelo, para que desapareciera el híbrido tipo del chulo afeminado, procaz y de finas extremidades, y reapareciera el hombre del terruño, el «pardillo», algo que todavía es un núcleo de vida sencilla, muy española, y que se encuentra en estos lugares, armonizando perfectamente con el caserío anticuado y las torres de la iglesia erguidas á manera de mástiles sobre el mar inmóvil, cuajado, de la estepa castellana.

¡El caserío! Tiene un encanto que pocos saben apreciar y saborear dulcemente. Es un caserío en su mayor parte bajo de techos y escaso de ventanas. Algunas son tragaluces con rejas cruzadas de hierro, semejantes á aquel desde el cual, en la venta, le jugaron á D. Quijote la pesada broma de amarrarle por la muñeca y dejarle colgado. Hay moradas aristocráticas que lucen en la fachada su viejo escudo, y ostentan en el piso bajo rejadas de copete—no tan ricas como las de Toledo y Córdoba, pero siempre elegantes—En la casa del famoso Alcalde de Móstoles, los pasillos son estrechos, el techo casi se toca con la mano alzando el brazo, y la alcoba donde murió el patriota la ocupa casi entera la tarima de la humilde cama.

Sobre esta modestísima decoración se realizó el hecho sublime. Este pueblecito sin fachenda, con su parador de patio enorme, su iglesia de esbelto campanario, su devota ermita, sus edificios de adobes, fué el cazador madrugador que le metió—sirviéndose de una escopeta anticuada y rota, de tirar á las codornices—un perdigón, el primero, en el ala, á la terrible águila que hacía sombra á toda Europa... No digo que fuese una bala; digo sólo un perdigón; pero el caso es que el pajarro imperial se sintió molestado, y no en balde su figura de bronce se alza en mitad de la plaza del pueblecillo, en furiosa actitud de lucha.—He aquí la poesía de Móstoles. La sencillez del lugar contrasta con la magnitud del hecho; la *bonhomie* de la gente, embotada ante la fiesta conmemorativa, con lo épico de las memorias que

se alzan del suelo y forman fantasmas luminosos en el aire, bajo la caricia del sol, á trechos velado por nubes... Esta gente pueblana, risueña, que se empuja en las calles para ver más pronto al rey, á la corte, á tanta grandeza como se les entra de rondón, comenta con su sencillez el canto heroico de hace un siglo. De todo lo que en España ha cambiado, ¡ay!, quizás sean los paletos lo que ha cambiado menos, lo que la *evolución*—¡mala peste en ella!—respetó un poco, no sé si por necesidad ó por desdén.

El mujerío de Móstoles se apretuja en los balcones de la plaza. La tahona está vistósísima, con sus colgaduras de ricos mantones madrileños carmesíes y blancos, bordados de pájaros y flores extravagantes. Las señoritas visten de claro, de fresa, de azul, y llevan en el moño claveles colorados y rositas «del tiempo». El Ayuntamiento se adorna con ramaje y farolería de papel. Cruza de vez en cuando la plaza un personaje de la cabalgata alegórica: el látigo del postillón interesa, sobre todo: es *el mismo*, el que arreó y fustigó para difundir, con rapidez que avergüenza al telégrafo y á todas las modernas invenciones de suprimir distancias, la chispa del levantamiento nacional por la Península...

Y me parece verle salir como un rayo, devorando la carretera, sacudiendo y restallando ese látigo que es un tizón encendido; dejando, tras la huella de las herraduras del caballo, rastro de fuego; inflamando el aire, y despertando, en los al parecer dormidos ámbitos de la patria, la furia vengadora y la desesperación de las grandes resistencias ancestrales, el alma de Viriato en los pastores trashumantes, el alma del Cid en los labriegos, el alma de bronce de los sitiados de Sagunto en las poblaciones; sembrando gotas de sudor para que surgiesen partidarios y guerrilleros.

Pronto se dispó aquella especie de alucinación, en mí tan poderosa, que determina la evocación, por imágenes sensibles, de las edades pasadas. Al subir al automóvil, la realidad se impuso. No estamos en la España de entonces, sin que por eso estemos completamente en la Europa de ahora—al menos en la Europa claramente orientada hacia la vida moderna.—Y estoy por creer que, si estuviésemos de lleno en esta última, miráramos con más respeto y cariño á la primera. Forma superior de cultura es el amor, la veneración hacia lo tradicional. ¿Acaso no tenemos aquí diariamente ocasión de deplorar la destrucción de los monumentos y recuerdos del pasado, la bárbara profanación de lo que debiera ser sagrado para todos? Estos días se derriba la casa en que vivió Goya á orillas del Manzanares; la casa desde la cual observó sus costumbres pintorescas y características que trasladó á los cartones de sus tapices; el edificio que el vulgo bautizó llamándole «Casa del Sordo». En mis viajes he visto iglesias magníficas sirviendo de establos y de depósito de maderas ó trastos viejos; he visto arruinado lo que debiera repararse, olvidado lo que debiera recordarse en letras de oro; vendido al extranjero, por un pedazo de pan, lo que, adquirido aquí por el Estado para conservarlo y enseñarlo, atraería á España miles de turistas, y reportaría centenares de miles de veces el valor de su coste... No, no es España un país que se haya perdido por cultivar la tradición: es al contrario muy poco tradicionalista; su frialdad, su apatía ante el pasado, corren parejas con su improvisación ante el porvenir.

Y con ocasión del Centenario se ha podido observar: el que más y el que menos, notó la indiferencia común ante la fecha gloriosa. Se le achacó al gobierno, como se le achaca todo; y bien mirado, el gobierno podría preocuparse más ó menos, recelar ó no recelar que esto cayese peor ó mejor en una nación sobrado inteligente para extrañar que otras naciones celebren lo mejor posible sus altos hechos; pero el gobierno, ante una opinión compacta, firme, consciente, no hubiese presentado el menor obstáculo. Los gobiernos rara vez fabrican el entusiasmo: lo siguen, lo sufren, son llevados por él. He aquí la verdad...

Estudiar por qué tal indiferencia ante la idea de patria se ha acentuado en los últimos veinte años, sería hacer la historia de muchos sucesos, y á más de los sucesos, de sus causas íntimas y profundas, de su relación con el estado moral de la raza. Y saldrían á relucir, no sólo las guerras, sino el separatismo, el regionalismo, los motines, los desencantos de la política y las decepciones de tanta lucha por libertades

verbales é impresas, libertades de aire, tinta y papel... Todo ello requeriría mucho trabajo, mucha paciencia en el escritor, y doble, probablemente, en los lectores. Lo único que no se me quedará olvidado, será una afirmación: la sonrisa irónica y la mofa ligera despertadas por el sentimiento patriótico, lejos de revelar superioridad, sólo revelan acorchamiento; son inferioridad, la del molusco con relación al vertebrado.

Y aunque me lo juren frailes descalzos—que no se tomarán semejante molestia,—la opereta inglesa no divierte. Para cuatro personas que entiendan los chistes, cuatrocientas se quedan en ayunas. La misma índole del chiste inglés se despegó del modo de ser español. Creo que la tal compañía, que es de tercer orden, hará una temporada con fortuna, pero que no repetirá la suerte; no arraigará en nuestros espectáculos de primavera, como arraigaron las *troupes* italianas, hasta el punto de que, al faltarnos Tina di Lorenzo, dijérase que nos falta algo propio.

Lo que ha echado raíces es el espectáculo hípico. Quizás se deba su prosperidad á que es la menor cantidad de espectáculo posible. Sencillamente es pasarse una tarde al aire libre, entre gente conocida, merendando y charlando, sin fatigar la vista ni el cerebro. Por otra parte, estamos persuadidos de que conviene mucho que se desarrolle tal *sport*, que los oficiales del ejército demuestren su maestría y hagan primores, y que nuestra raza caballar se perfeccione y rivalice con las extranjeras. ¡El caballo es un ser tan hermoso y tan interesante! En esta época de automovilismo, el caballo adquiere la poesía de lo arqueológico y la pátina de lo castizo. Dijérase que el automóvil suprime al caballo, cuando en realidad lo que sucede es que los caballos de tiro y de silla cuestan más que nunca, que las jacas de polo adquieren relativo alto valor, que las mulas tienen soberbio mercado y que hasta los borriquitos humildes, resignados y diminutos, se cotizan á muy subido precio. Los inventos y las novedades no perjudican á nadie, está visto. El carruaje de lujo sigue siendo de lujo, los troncos de pura sangre continúan siendo privilegio de pocos afortunados, y el *chauffeur* no ha destronado al automedonte. Más vale así.

Un incendio formidable acaba de devorar las Américas, ese pintoresco é infecto bazar, semejante á los que deben verse en algunas ciudades de África y en el Oriente de Europa, y en el cual se reunían los despojos de tanto naufragio como en el oleaje de la villa y corte se produce diariamente.

Materia para reflexiones darían á un observador los puestos de las Américas, y millones de historias dramáticas y desconocidas dormirían en sus rincones polvorientos, bajo los muebles de lance hacinados de la mejor manera para que ocupasen el menos sitio que se pudiese. Cunas, lechos, mesas de escritorio y de comedor, consolas, espejos, entredoses..., ¡si hablaran! Y también había género nuevo, de maula en su mayor parte, para surtir posadas, casas de huéspedes, hogares muy modestos, buhardillas donde se trabaja y se pena desde la mañana hasta la noche...

Y había las «antigüedades» los Grecos y los Murillos y los Ticianos y los Goyas *pour rire*, los barbieños falsificados, los platos de Talavera lañados y con desportillos, las espadas de cazoleta fabricadas anteayer, los galones negruzcos y los botones de metal color de aceituna... Todo ese farrago, esa broza, ese polvillo, ese oropel, lo ha consumido el fuego rápidamente, deleitándose en una presa tan fácil, tan seca y tan gustosa de devorar. El agua faltó por completo... Suele faltar cuando más se necesita esta agua madrileña, y la verdad es que mucha gente del vecindario sólo se acuerda del agua ante el incendio, como de Santa Bárbara cuando truena. Otros usos más frecuentes é higiénicos del agua están muy olvidados, no sé yo quien lo dude. Así y todo, debiera haber agua á punto, para los pobres industriales del Rastro.

EMILIA PARDO BAZÁN.